

Isla de Benidorm.

Benidorm es un monocultivo de rascacielos. Cemento anclado en la arena y oreado por la brisa. Gigantes de hormigón cuyos pies lamen las olas del Mediterráneo.

No fue casualidad que Benidorm se convirtiera en lo que es; por el contrario había una razón incontestable: era uno de los lugares más hermosos y apacibles de la costa del levante peninsular.

En contraste con las cajas, a unas dos millas náuticas del puerto, se halla una isla que da testimonio de un pasado diferente.

Los habitantes de la isla de Benidorm son, sobre todo, las gaviotas y las chumberas. Un paisaje inequívocamente mediterráneo en el que la lagartija ibérica se pasea por las rocas calcinadas.

En 1834, la isla fue el refugio para varias familias de Benidorm y de la Vila Joiosa que huían de una epidemia de cólera. Esas familias y algunos piratas pasajeros han sido los únicos habitantes de la isla. Ahora, se ven turistas transeúntes, que acuden con el barco como si buscarán un horizonte que en la ciudad ya es esquivo.

Esa ciudad, Benidorm, ejercía el derecho de explotación de las aguas hasta 1506, cuando Fernando el Católico extendió el derecho a la Vila.

Que se codiciaran las riquezas marinas de la isla de Benidorm tampoco era una casualidad, ya que la abundancia de peces era bien conocida desde antiguo.

Incluso la más fugaz mirada al fondo marino deja patente esa codiciada riqueza

La cantidad y la variedad de peces parece no tener fin: morenas, sargos, serranos, escórporas, además de pulpos, reyezuelos, decenas de especies de esponjas, crustáceos variados, gusanos y moluscos... toda una enciclopedia de zoología marina concentrada en las prolongaciones submarinas de la isla de Benidorm y en los fondos que la rodean.

De la popularidad del pez limón da cuenta la gran cantidad de nombres que recibe: lecha, serviola, verderón o alballada . En bancos compactos, recorren la pradera de Posidonia, un lugar que alberga alimento, y hasta cierta protección.

En las praderas de fanerógamas marinas se desarrolla toda la pirámide trófica, de manera que constituyen un ecosistema en el que sus piezas, perfectamente acopladas unas a otras, se necesitan mutuamente. Por eso, si se destruyen las praderas, se resiente la pesca.

Por su parte, los fondos arenosos son territorio del salmonete de fango.

Y de las estrellas de mar, que a veces parecen una noche oscura vuelta del revés.

Pero el agua confiere movimiento incluso a los seres anclados al fondo.

Los que pueden deambular, disponen de otros mecanismos para encontrar alimento y refugio. El pulpo y la morena comparten su gusto por las oquedades. Y los que nadan entre las hojas se protegen en grupo. Porque los depredadores acechan.

En las aguas que rodean la isla de Benidorm, las paredes, los fondos y las praderas albergan la vida propia del Mediterráneo, rodeada de leyendas que narran un origen mítico lleno de héroes y princesas, para esta isla, continuación de los acantilados de la sierra Gelada.